

En ambos casos existe una idea de catástrofe, de peligro y de aislamiento. Es lo que podría suceder si los principios de la civilización desaparecieran. En este último ejemplo, los hilos telefónicos están cortados, no hay conexión, se ha producido la ruptura definitiva. En el nuevo orden «todo puede suceder», no hay ni policía ni ejército: las reglas de la lógica no tienen poder más allá de la realidad. El mundo se ha convertido en un territorio original «con grandes grietas», un lugar prehistórico, natural, en el que las fuerzas de la naturaleza hacen sentir su poder frente a los hombres.

En ambas comparaciones aparecen dos elementos estrechamente ligados con ese mundo mítico del origen. Tanto el agua del primer fragmento como la tierra del segundo, aportan ese tono natural, primitivo, auténtico, vinculado a esa nueva realidad en la que dominan los instintos y el subconsciente. Todo el viaje que realizará después Fernando Vidal por los subterráneos y por las cloacas, hasta su última penetración en el reducto sagrado de la Secta y en el vientre de la diosa mediante su transformación en pez, está muy relacionado con esta idea del origen, de la maternidad, del agua y de la tierra en su sentido más primitivo. Es el agua de las «corrientes», el agua del «estanque» del sueño, el agua que crea «murmullos», o esas «cuevas» excavadas por el agua. Y la tierra es esa tierra devastada del origen, tierra sin orden, tierra del caos, tierra de la vida, que se opone a la de esas calles o esos barrios nocturnos de Buenos Aires donde no es posible la existencia de ningún ser humano.

4. *La ceguera de Celestino Iglesias: un nuevo Tiresias para un nuevo Edipo*

Después de la definitiva y dolorosa separación interior, Fernando Vidal está preparado para ser conducido al mundo secreto de los ciegos. Para ello, al igual que en un viaje iniciático, necesitará a alguien que pueda servirle de guía. En este caso, el contacto más directo con el mundo de los ciegos se lo proporcionará alguien cercano: su compañero Celestino Iglesias. Paradójicamente, Iglesias pertenece a un grupo anarquista denominado «Amanecer» que pretende la resolución de los males del mundo y la lucha contra «las Fuerzas Oscuras». Y paradójicamente también, este personaje, que servirá de guía o de contacto directo de Fernando Vidal, va a perder la vista en un accidente laboral. De esta forma, alguien que ha pertenecido al mundo real, pero que paulatinamente va dejando de hacerlo, será la persona más capacitada para servir de vínculo entre los dos mundos.

En varias ocasiones, después de mi fracaso con el ciego del subterráneo, pensé qué útil me resultaría una especie de *individuo intermediario entre los dos reinos*,

alguien que, por haber perdido la vista en un accidente, participara todavía, aunque fuera durante un tiempo, de nuestro universo de videntes y simultáneamente tuviera ya un pie en el otro territorio. (pág. 202, cap. VII)

Al igual que Edipo en la tragedia de Sófocles, Fernando Vidal descubrirá la verdad gracias a la revelación de un ciego, revelación que provocará, también en este caso, el «enceguecimiento» del protagonista.

Y de nuevo, los pasajes que se alejan de la mera linealidad del relato y se acercan más a la irrealidad mental de su protagonista, alcanzan ese tono dramático o tenebroso. En este caso, se trata de la descripción del proceso de transformación de Celestino Iglesias, descripción que, como los otros fragmentos, supone un cambio de tono narrativo hacia el terror y el suspense:

(...) empezó a cambiar la mentalidad de Iglesias; aunque más de mentalidad (y menos) habría que decir su «raza» o «condición zoológica». Como si en virtud de un experimento con genes, un ser humano comenzase a convertirse, lenta pero inexorablemente, en murciélago o lagarto; y lo que es más atroz, sin que casi nada de su aspecto exterior revelase un cambio tan profundo. Estar *solo* en una habitación *cerrada y a oscuras, de noche*, sabiendo que en ella hay también un murciélago es siempre impresionante, sobre todo cuando se siente volar a esa especie de rata alada y, en forma ya intolerable, cuando sentimos que una de sus alas ha rozado nuestra cara en su inmundo vuelo silencioso. (pág. 205, cap. VIII)

Esa sensación siniestra y angustiosa del encierro se relaciona de nuevo con los ciegos y su representación simbólica en los murciélagos de ese ambiente nocturno y misterioso. El universo animal, sobre todo el de determinadas especies, es algo que está muy presente en todo el «Informe». La alusión a reptiles, ratas, murciélagos, pájaros, vampiros, cucarachas, gusanos, peces, etc, es constante,¹⁶ y sirve para la caracterización de ese mundo de las profundidades.

La transformación de Celestino Iglesias en auténtico ciego tampoco se realizará de golpe, sino que, como el cambio de Fernando Vidal, se producirá de manera progresiva hasta alcanzar su cruel consecuencia definitiva:

(...) hasta que un día nos encontramos ante el hecho consumado y espeluznante: ya estamos delante del murciélago o del reptil. (...) vacilé un instante antes de llamar. Hasta que, casi temblando, dije «Iglesias» y ALGO me respondió: «Entre». Abrí la puerta y en medio de la oscuridad (ya que naturalmente, no usaba luz cuando se encontraba solo) sentí la respiración del nuevo monstruo. (pág. 206, cap. VIII)

Después de esta transformación, Celestino Iglesias ya está preparado para formar parte del mundo de los ciegos y compartir los secretos de la Secta, por lo que —como suponía Fernando Vidal— los ciegos vienen a buscarle. Y será de esa manera, siendo solicitado por los propios ciegos e

¹⁶ En este sentido véase el artículo de Tamara Holzapfel, «El «Informe sobre ciegos» o el optimismo de la voluntad», en Helmy Giacomani, Homenaje..., Nueva York, Anaya-Las Américas, 1973, pág. 151.

invitado a conocer sus reductos, como podrá servir de guía al protagonista, quien, después de un largo período de observación y espera y en una nueva persecución de un ciego por las calles de Buenos Aires, conseguirá encontrar la entrada que le conducirá definitivamente al reducto secreto de los ciegos. Por unos momentos, el viaje, convertido ahora en el seguimiento de un guía, toma una trayectoria horizontal en esa representación simbólica. Celestino Iglesias es sin duda, un «puente», objeto que comunica dos espacios, dos territorios, y Fernando Vidal debe utilizarlo para «atravesar» el «foso» de separación, salto que supondrá una definitiva inmersión en el otro lado.

Por unos momentos pensé que no llegaría a tiempo y que el Puente sería volado por el enemigo antes de que yo, en mi absurda carrera, lograra atravesar el foso. (pág. 206, cap. IX)

5. En busca de la puerta secreta

Después de perseguir a Iglesias por un nuevo laberinto de calles y plazas, Fernando Vidal es conducido a la que posiblemente será la entrada a la nueva realidad: una casa de dos pisos situada en un rincón de Buenos Aires. La siguiente prueba consistirá en desvelar el secreto de esta casa, sorteando y analizando los obstáculos que se encuentran a su paso. En esta búsqueda se produce un primer intento fallido que se ve reflejado en el texto con la idea de la ascensión errónea. El apartamento en el que se han introducido Celestino Iglesias y el ciego de la Secta, está situado en un «primer piso», por lo que Fernando «subirá» una escalera y buscará allí algún «altillo» que sirva de posible entrada. Sin embargo, más tarde comprende que ese no es el camino correcto y que, para conseguir penetrar en ese reducto misterioso, debe continuar «descendiendo», como lo ha venido haciendo hasta ahora.

(...) el departamento sólo servía de entrada a otra cosa. Y me dije «cosa» porque si bien podía ser otro departamento, acaso el departamento vecino al que podía tener acceso por alguna puerta interior, también era posible que fuese «algo» menos imaginable, tratándose, como se trataba, de ciegos. ¿Un pasaje interior y secreto hacia los sótanos? No era improbable. (pág. 236, cap. XIX)

A lo largo de los capítulos XIX y XX se va a producir la separación de esas dos realidades que hasta entonces convivían. Al adentrarse por fin en el «otro lado» Fernando Vidal abandona del todo su racionalidad y a partir de ese momento, todos los sucesos se van a ver reducidos a recuerdos, sueños y alucinaciones. Sin embargo, esa aparente irracionalidad que el

protagonista sentía en el mundo real, va a convertirse en lógica en el mundo irreal. Sus razonamientos y sus actuaciones comienzan a parecer claras e inteligentes. Lo que arriba, en la superficie, parecían simples desvaríos de loco, ahora, en el laberinto subterráneo, se hace cuerdo a ojos del lector. Lo que antes podía despertar desconfianza o duda sobre el posible desenlace, ahora se convierte en temor. El lector se pone de parte del «héroe» de la aventura y participa de su miedo al ir comprobando que sus suposiciones eran ciertas y que existe realmente ese universo oculto. El mismo Fernando Vidal ya no duda, ya no siente resquebrajarse su realidad porque se ha introducido en su condición nocturna, ha comenzado el verdadero viaje: se ha convertido en ciego.

No soy cobarde, pero cualquiera en mi situación habría sentido el mismo temor que yo en aquellos momentos al recorrer, lenta y cuidadosamente, aquel desmantelado y vacío departamento sumido en las tinieblas. Y, hecho significativo, *¡golpeando las paredes con mi bastón blanco, como un auténtico ciego!* (pág. 238, cap. XIX)

Y el tono terrorífico de ambientación del escenario se recupera:

Hacia la media noche, después de ocho horas de espera atenta, cuando la oscuridad hacía más misterioso aquel extraño rincón de Buenos Aires, mi corazón fue comprimiéndose como si empezara a sospechar alguna abyecta iniciación en recónditos subterráneos, en húmedos hipogeos, a cargo de algún tenebroso y ciego mistagogo; y como si esas tétricas ceremonias me trajesen la premonición de las jornadas que me esperaban. (pág. 236, cap. XIX)

Después de una larga búsqueda de posibles entradas, una trampilla en el suelo permite al protagonista dar con «una larga escalera descendente y tubular» por la que conseguirá adentrarse en los pasadizos subterráneos. Su recorrido por estos pasadizos le conducirá, después de largos esfuerzos, ante una puerta, que le proporcionará la sensación de estar siendo esperado: *¡La puerta estaba sin llave!*

6. *La sacerdotisa del templo y el sacrificio ritual*

Después de introducirse en la habitación que se encontraba tras la puerta, Fernando Vidal es sorprendido por la presencia de una ciega de resplandor fosforescente, especie de maga con poderes demoníacos que hace el papel de sacerdotisa que cuida el acceso al templo sagrado.

Después de un desmayo, sufrido ante la visión majestuosa de la ciega, el protagonista parece despertar al fin.

No vi más, pero parecí despertar a una realidad que me pareció, o ahora me parece, *más intensa que la otra*, una realidad que tenía esa fuerza un poco ansiosa de las alucinaciones que se producen durante la fiebre. (pág. 244, cap. XXII)